

Turbóla en tiempo la ambición sangrienta,
Que en armas toda y fuego la circunda;
Mas apenas soberbio le presenta
Al noble cuello la fatal coyunda,
Cuando el valor antiguo, que alimenta
Los generosos pechos en que abunda,
Eleva hasta el nivel del heroísmo,
Y precipita al monstruo en el abismo.
Ni le valió volver con cien cervices
Y con cien lenguas á ostentar su saña,
Y, en sedición ardiendo, aun las raíces
Del honor y virtud robar á España;
El honor y virtud nuevos matices
Desplegan en la sangre que la baña,
Llevando, en triunfo del Monarca amado,
Al anárquico genio al carro atado.
No quedara recurso al hado adverso
Para afligir á la constante Iberia,
A no inventar su rabia el más perverso
Que á largos lutos pudo dar materia;
Dos reinas, que adoraba el universo,
Asilos de infortunio y de miseria,
Gloria del pueblo, encanto del Monarca,
Una tras otra nos robó la Parca.
Profundo luto oscureció la tierra,
Sumióse España en mares de amargura;
El valor, que sobró para la guerra,
Faltó para sufrir tal desventura.....
Pero cuando más negra nos aterra
Tal tempestad, ¡qué luz serena y pura,
Qué sonrisa del cielo, qué bonanza,
Qué iris bello nos vuelve á la esperanza!
¡Qué claro rayo de Pirene altivo
La barrera oriental matiza y dora,
Cual con su pié de rosa fugitivo
Pinta en el cielo la risueña aurora?
¡De qué semblante parte el atractivo
Que á un tiempo nos admira y enamora?
¡Que deidad nueva ilustra el horizonte,
Y en carro de marfil supera el monte?
Huyen de la desgracia los nublados;
Recobra el cielo el manto de zafiro:
En risa y en placer se ven trocados
De España el luto, el llanto y el suspiro;
Flores brota en sus riscos más nevados
Pirene al soportar del carro el giro,
Y de sus valles en los hondos huecos,
Cristina, sin cesar claman los ecos.
Cristina, ¡oh Dios! Cristina es halagüeño
Nombre, que Ebro ya escucha en sus orillas,
Y que, como al salir de un torpe sueño,
Repiten anhelosas las Castillas.....
Mas ¡qué region del mundo, ó qué risueño
Clima, fecundo en altas maravillas,
Nos vuelve el bien que nos faltó en Amalia?
Y me responde el eco: «¡Italia! ¡Italia!»
¡Oh region de placer! no eres llamada
Jardin del mundo, en vano, ó paraíso,
Ni en vano hacer de tí copia abreviada
De su vario poder natura quiso;
Gracias y amores te hacen su morada,
Artes y ciencias su crisol preciso;
Al par de España eres fecunda y bella,
Y algunas veces infeliz como ella.
De honor llenásteis con igual fortuna,
Juntas un tiempo, el campo de la guerra,
Y ante los héroes de que fuisteis cuna
Enmudecida se postró la tierra;
Juntas turbásteis la otomana luna,
Y hasta en los climas en que el sol se encierra
Juntas hicisteis el pendon tremole
Que rinde el mundo á la Borbonia prole.
¡Oh cuán preciosa flor es de la rama
A cuya sombra tu esplendor se acrece
La que en Iberia el bálsamo derrama
Que nuestro luto y llanto desvanece!
Ya su presencia la esperanza inflama
Del Monarca y del pueblo, y les ofrece
Que á un tiempo encontrarán, dulce y piadosa,
La orfandad madre, la viudez esposa.
Y cual del sol la lumbre matutina,
Que empieza á despuntar tras noche oscura,

Dora primero el monte ó la colina,
Que entre flores se espacia en la llanura;
Así al trono español antes Cristina
El rayo envía de su luz más pura,
Y llena de placer sereno y blando,
Antes que al pueblo, al pecho de Fernando,
Que su alto aprecio á la nación hispana
En él inspira el generoso anhelo
De asegurarla en sucesión lozana
Su bondad propia, paternal desvelo.
Así firmeza opone soberana
A tanto mal con que le prueba el cielo;
Por eso de su amor caros despojos
Resigna humilde, y templada sus enojos.
Mas luego el gozo universal levanta
De insólito placer salva festiva,
Que al paso que Cristina se adelanta,
Los abatidos ánimos cautiva;
No hay árbol en contorno, ó verde planta,
Mirto amoroso ni gloriosa oliva,
Que no tienda sus ramos, y los doble
En triunfal arco á su cuadriga noble.
Ni le opone Pirene erguida espalda,
Cual Anibal, un tiempo, á las legiones,
O cuando con horror vió hacia su falda
Precipitar los galos batallones;
Alfombras, sí, la brinda de esmeralda,
Grutas sombrías, verdes pabellones,
Y limpias-aguas, que á la tropa amiga
Restauran del cansancio y la fatiga.
Tropa, mas no de ninfas fabulosas,
Es la que en torno al carro se divisa;
Virtudes reales son, dotes preciosas,
Que brillan en su rostro y dulce risa:
La piedad, que es blason de almas hermosas;
La concordia, en los pueblos tan precisa;
La modestia, la gracia y la dulzura
Llevan al trono en alas su hermosura.
Y las silvestres Driadas, pulsando
Rústicas liras con cantar sonoro,
Van su descenso al valle acompañando,
Con grácil cuerpo y pié saltando en coro;
Las náyades del Ebro, despejando
De la onda clara los cabellos de oro,
Rivales de ellas en donaire y brío,
Anuncian su presencia al dios del río.
Y Ebro, dejando el coralino lecho,
Al aire da su forma corpulenta,
Y derramada por el vasto pecho,
La ondosa barba su raudal aumenta;
Matizada su orilla á largo trecho,
Como un marco de flores se presenta
Del espejo que en su onda cristalina
Previene á tan augusta peregrina.
Y ella pasa sin ver grupos de amores
Que la siguen volando, entre placeres
Que á sus piés nacen, cual se anuncia en flores
La presencia de Venus en Citères;
Y votos son de alegres labradores,
Que en ella exploran el favor de Céres;
O expresión del amor que el Rey concibe
Que en boca de sus pueblos la recibe.
Si esto siente el umbral solo de España,
¡Qué será el corazón al poseerla,
Cuando admire que el mar que el Indo baña
Jamás le tributó más linda perla!
Por propia joya, no de tierra extraña,
La augusta madre nos la da al traerla;
Que si dió fruto en peregrino cielo,
La rama es hija del hispano suelo.
Por tal la acepta la nación valiente
Que dilató su cuna á orbe segundo,
Siempre envidiada de extranjera gente,
Nunca rendida á Marte furibundo;
Y aquella misma generosa frente,
Que no humillara al domador del mundo,
Hoy reverente y con placer la inclina
Ante tus plantas, celestial Cristina.
De ellas se elevará con más firmeza
A empresas arduas de gloriosa estima;
Que cuando le estimula la belleza,
El valor español más se sublima,

Así del castellano la braveza
A la expulsión del moro puso cima,
Porque en Granada le sirvió de espuela
Lidiar ante los ojos de Isabela.
¡Qué no será cuando el dosel ostente
La sangre de seis héroes en tus venas;
Ver que en Luis y Fernando es tu ascendiente
La régia santidad; que en dar cadenas
Al bélico furor del brío ardiente,
De Henrico y Carlos la memoria llenas,
Y con los grandes Luis y Carlos partes
Bella patrona ser de ciencias y artes!!!
Las castellanas Musas, aunque fieles,
Temen ser á tu gloria escaso auxilio,
Como á la que ha nacido entre laureles
Que sombrean la tumba de Virgilio;
Empero de Aretusa en los verjeles
Ordena acorde el virginal concilio,
Ya que no deban á Petrarca ó Taso,
Pedir su lira á Herrera ó Garcilaso.
Llega, pues, Virgen real, que ya Himenco
Llora impaciente tu demora larga;
Ven á hacer de tus gracias dulce empleo
En este pueblo, que su bien te encarga;
Cumple de su Monarca el fiel deseo,
Y haz que el triste ciprés y adelfa amarga
Que en su frente anudó la Parca dura,
Hoy vuelva en mirto y rosas tu hermosura.
Ofrenda digna de la régia pompa
Será tu mano, que, en virtudes rica,
El rayo adverso de la estrella rompa,
Que en nuestro daño su influencia aplica;
Así la Fama con su etérea trompa
Al Ebro, al Tajo, al Bétis tu publica;
Y que á la España colmarás de bienes,
Si le haces tantos como gracias tienes.

XII.

AL DESEADO ARRIBO
DE LA REINA, NUESTRA SEÑORA (1829).

En brazos del amor la ninfa bella
Que la feliz Partenope ennoblece,
Cual en el cielo refulgente estrella,
En los mantuanos lares resplandece.
Apénas sienta su divina huella,
Nace el placer, y la alegría crece;
Llenando á toda Iberia de consuelo
El dulce bien que le concede el cielo.
Del monarca de España más amado
Será la más augusta compañera,
Y en sus caricias mirará premiado
Su paternal afan la gente ibera.
La paz, asegurada en su reinado,
Derramará sus dones placentera
Sobre el pueblo leal que fiel la aclama,
Y madre y reina con placer la llama.
Plácido enlace, que la Europa admira,
Y asegura la union de tres naciones,
Que con envidia el universo mira
Gobernar á los ínclitos Borbones.
Eterno afecto al español inspira,
Y con grata efusión los corazones
Himnos cantan de amor á su señora
Y á los monarcas que la Italia adora.
Llega, ínclita Cristina; tu ternura
Premie del pueblo el sin igual respeto;
Y el gozo con que adora, en su ventura,
Del grande Carlos al augusto nieto.
En el trono, por él, la virtud pura
Reina contigo, y el error sujeto,
Verá, cobrando España su decoro,
La venturosa edad del siglo de oro.

XIII.

Al oír la salva con que se anuncia el nacimiento de la serenísima
Princesa primogénita (1830).

De gozo sirve, y no de susto, el trueno
Al que se afana en rústicas fatigas,

III, Ps.-XVIII,

Quando, rompiendo de la nube el seno,
Lluvia abundosa esparce en sus espigas;
Así, con rostro de zozobra ajeno,
Oyen las Musas, de la paz amigas,
El suceso, que hoy fausto se proclama,
Aun en las bocas con que Marte brama.
Llevan tronando en estampidos secos
Feliz anuncio á la nación ibera
De monte en monte, y por los valles huecos
Retumbando se esfuerza y regenera;
Tan dulce són aligeros los ecos
Cuidan que siempre dure y que no muera,
Sino que se prolongue al mar profundo,
Y llegue alegre hasta el confin del mundo.
¡Con que ese anuncio fija el hado incierto
De nuestra patria? ¡Oh trueno afortunado!
No es tan grato el fanal que enseña el puerto
Al bajel entre escollos empeñado;
No es tan suave la lumbre al cuerpo yerto,
No es tan bella la vida al desahuciado;
Ni al que á remo sin fin la ley condona
Es tan dulce ver rota su cadena.
En su alegre relámpago relumbra
La española region, y la balanza
De su destino hasta el cénit encumbra,
Campo espacioso abriendo á su esperanza;
¡Cristina un fruto de su seno alumbró!.....
¡Y el sexo amable á poseerlo alcanza!.....
Mas siendo flor de planta tan hermosa,
No importa, no, que sea clavel ó rosa.
¡Oh Dios! si aun en la misera cobañía,
De escasez y aflicción nativo asiento,
En lecho humilde y bajo débil caña
Un pastorcillo nace y da contento;
Tal, que resuena en torno la campaña
En parabién del triste nacimiento,
Y el infeliz consorcio es celebrado
De dar al mundo un nuevo desgraciado,
¡Qué no será, bajo artesón brillante
De palacio ostentoso en mármol y oro,
Donde esperan un rey, y un pueblo amante
En cuna eburnea su mejor tesoro!
¡Qué no será cuando el oído encanto
El dulce són del infantilino lloro,
Y en la doliente madre se divisa,
Tras tanta pena, la primer sonrisal
Entonces es á reyes y naciones
Gozo común y público consuelo,
Y esto anuncian los bélicos cañones
En gran rimbombo estremeciendo el suelo;
Esto el aire azotando los pendones,
Y el cóncavo metal girando á vuelo;
No en vano alarde de sangrienta gloria,
Mas cantando de amor dulce victoria.
Que es triunfo cierto sobre el hado ciego
Que con futuros males nos conmina,
Esa inocente prenda de sosiego
Que en brazos del monarca da Cristina;
Y él al gran pueblo la presenta luego,
A cuyo imperio y gloria la destina,
Y es delirio el clamor del alborozo,
Y diluvio de lágrimas el gozo.
Ansiaba yo cantar placer tan vivo,
Y me espaciaba solitario en donde
Manzanáres de miedo al rayo estivo
Sus claras aguas en la arena escondie;
Y cuando más llamaba á Febo esquivo,
Que á mi cansada voz ya no responde,
Otra más delicada me suspende
Cuyo concepto fué: mira y atiende.
Luego vi que los árboles crecían,
Y de pintadas aves se poblaban;
Las márgenes del río se extendían,
Las arenas cual nácar relumbaban;
Las aguas desde el fondo refluían
Y á besar del palacio el pié llegaban;
Y con caudal inmenso Manzanáres
Correr pomposo á enriquecer los mares.
Mas por el plano azul de su corriente
Mi vista un carro de coral cautiva,
Que surcando las aguas blandamente
Al impulso de blancos cisnes iba;

Y reclinada en su espalda luciente
En talle airosa, en ojos expresiva,
Náyade tal, que sola bastaría
A disculpar la griega idolatría.
Al paso que en las ondas se resbala,
Daba al prado matiz, y brillo al cielo,
Y aura de vida al ánimo regala
Que al corazón conforta, y da consuelo;
De sus varios plumajes hacen gala
Las aves, sin osar lanzarse á vuelo;
Mas, cual si fueran animadas flores,
Le cantan al pasar salvas de amores.
Paró su curso ante el palacio hispano,
Porque á los blancos cisnes halagüeña,
Con torneado brazo y blanca mano
Y dedo de marfil les hizo seña;
Entonces del conjunto sobrehumano
De sus encantos dió bella reseña,
Mostrando en todos perfeccion tan rara
Que la envidia á enmendarla no acertára.
Dos genios luégo del gracioso coro
Que triscando en la concha se divisa,
Un arpa danla de cristal sonoro,
Que ella recibe con genial sonrisa;
Lucen las manos en las cuerdas de oro,
Su pié en los trastes que gracioso pisa,
Y sobre el arpa, que á pulsar empleza,
Descuella airosa la gentil cabeza.
Los cantos de la selva suspendidos,
Sólo uno se oye en la encantada nave,
Que á distinguir no aciertan los oídos
Si es órgano mortal, ó ninfa ó ave;
Sólo sí que sus labios divididos
Respiraban un sún blando y suave,
Cual si saliera fresca y vagarosa
La voz de un ruiseñor por una rosa:

CANTO DE LA NÁYADE.

Frescas aguas y arboledas,
Solitario albergue mío,
¡Con qué gusto en vuestro río
Salgo el aura á respirar!
Sostened las leves ruedas
De mi carro y cisnes bellos,
Y oiréis al paso de ellos
Vuestra dicha en mi cantar.

En mi plácido retiro
Vivo humilde en paz serena;
Mientras pobre entre la arena
Mi raudal perder se ve.
Mas no sé qué fuerza hoy miro
Que me ensancha en el espacio,
Y de Iberia al gran palacio
A besar me eleva el pié.

¡Quién alienta mis desmayos,
Quién mis aguas reproduce?
¡Qué astro nuevo brilla y luce
En la ibérica region!
Uno sólo, cuyos rayos
Al bien público destina,
De Fernando y de Cristina
La feliz constelación.

No es su esfera el alto cielo,
Que en la tierra resplandece,
Y por mano real se mece
En cuna de oro y marfil;
Trasluciendo en claro velo
La inocencia que allí posa,
Como Fernando bondosa,
Como Cristina gentil.

Ya de ambos augustos dueños
Las prendas, juntas en una,
Son mecidas en la cuna
Por la gracia y la virtud;
Y el labio, que mueve en sueños
Con halagüeña sonrisa,
Muestra á España por divisa

Prosperidad y quietud.

La elegante palma bella
Del Sebeto trasplantada,
Por mis aguas fecundada
Parca en frutos no será;
Hoy es tierna copia de ella
La que en gozo nos inunda,
Y mañana más fecunda
Del Rey otra nos dará.

Así ahuyenta los temores
Que turbaban nuestro suelo,
Su sonrisa es la del cielo
En roja aurora boreal;
Tal se ve cubrirse en flores
El más árido terreno,
Si improviso de su seno
Brotó un puro manantial.

Del Olimpo ya descendiendo,
De una en otra sien suprema,
De Castilla la diadema
En perfecta sucesión;
Y entre ambos polos se tiende
Cadena de reyes bella,
Siendo Isabel Luisa en ella
El más precioso eslabón.

¡Oh, si abrir me fuera dado
El gran libro del destino,
Y con aliento divino
Sus misterios declarar!
¡Cuánto honor fuera cantado,
Cuánto lauro y cuánta hazaña,
Del tesón con que la España
Esta prenda ha de guardar!

Basta que la paz la envuelva
En sus más floridos lazos,
Que la reciba en sus brazos
La firme fidelidad;
Y mientras duerma, y en selva
De laureles se cobija,
Minerva sola dirija
Los progresos de su edad.

Que á sombra del solio hispano,
Al paterno apoyo unida,
Aprenda á regir querida
El noble cetro español.
Y ceda á un feliz hermano
El lauro que ciñe ahora,
Cual vemos la bella aurora
Ceder el Oriente al sol.

Esto enunció la ninfa encantadora,
Esto oyó Manzanáres en su orilla;
Ya triste al ver que con la voz sonora
Se alejaba la alegre navicilla,
De sentimiento humilla
Su altiva frente el río,
Y la mágica pompa y señorío
Que debió á la presencia de su diosa,
Volvió á estrecharse en márgen arenosa.
Prestos al par volvieron
A su forma primera
Los árboles que ciñen su ribera,
Y tan gradiosos á mis ojos fueron.
De aves también quedando de improviso
Despoblado tan bello paraíso.
Llévose, en fin, el viento
Ante mi vista ansiosa
Escena tan grandiosa
De esplendor, de ventura y de incremento;
Pero mi pensamiento
Conservó fija la apacible idea
De que aquella tal vez imagen sea
De la prosperidad á que camina
España, en la era de su dueño amado,
Y á que la elevará de grado en grado
La prole de Fernando y de Cristina.

XIV.

Ministura poética ó breve cuadro descriptivo de la honorífica y agradable sorpresa bondadosamente dispensada por la Reina, nuestra señora, á la Guardia Real y voluntarios realistas, haciéndoles asistir formados y sin banderas ante su real palacio durante el besamanos del día 10 de Octubre (1831), cumpleaños de su augusta primogénita, y dándoseles luégo de su real mano y señaladas con su real nombre, para perpétua gloria y estímulo de toda la tropa española.

INSPIRACION LÍRICA.

¡Qué no pueden favor, gracia y belleza
En una augusta boca concertados,
Cuando dictan constancia y fortaleza
Por único tributo á sus cuidados!
Decidido, ¡oh soldados!
Que ayer al sún del parche reünidos,
Brazo con brazo y pié con pié marchando,
Presentásteis los pechos aguerridos
Ante el excelso alcázar de Fernando.
Alto hicisteis allí con pié seguro,
Y en la Real Guardia y los realistas fieles
Añadió el trono á su defensa un muro.
«Vengan riesgos aquí, vengan laureles»,
Era expresión en los semblantes fieros
De aquellos granaderos;
Al paso que en sus ojos
Arden mal encubiertos los enojos
De no ver tremolar sobre sus frentes
Los antiguos pendones
Que en símbolos de almenas y leones
Infunden fortaleza á los valientes,
Y en la horripónada lid sirven de guía.
Cristina los miraba y sonreía,
Pues medita en su bien mayor ventura,
Mientras que desde el trono,
Cuyo esplendor recrece en su hermosura,
Con maternal ternura
Y elegante abandono
Dando á besar su mano,
Colmaba de delicia al pueblo hispano.
Y luégo que el rendido acatamiento
Del obsequioso pueblo fué acabado,
Alzase de su asiento
Cristina, y en pié ostenta el agraciado
Talle ¡ay! de nuevas esperanzas lleno
Con que honra á España su fecundo seno;
Y su dulce mirar en torno espacia
Con rayo tan vivaz y tan sencillo,
Que la majestad misma en él su brillo
Suaviza en la sonrisa de la gracia.
Al fin descendiendo de las régias gradas,
Cual del Olimpo la elegante Juno,
Dando el favor postrero á cada uno
De amable complacencia en sus miradas.
Y al ir pisando el alfombrado suelo
Hasta dejar la sala suntuosa,
Muéstrase á nuestro anhelo
De entrar en su real cámara afanosa,
Que allí reside el blanco de su celo.
La cortina era ya velo importuno
Al pueblo, y ella á su presencia llama
De la impaciente tropa á los caudillos,
Que con sorpresa admiran su semblante,
Españando de gloria ardientes brillos,
En vez de la simpática dulzura,
Que es nativa expresión de su hermosura.
A Vénus miran transformada en Pálas,
Triunfante entre oriflamas y banderas;
En cuyas telas recamadas de oro,
Con más realce y con mayor decoro
Que en las ya rotas flámulas guerreras,
Resaltan de la Iberia los blasones
En flamantes castillos y leones.
¡Oh cuán digno dosel á su grandeza
Formaban las enseñas militares!
Así la Isabel magna de Castilla
Reposando en moriscos adiares,
Resguardaba con bárbaros pendones
Del solar rayo la inmortal cabeza,
Y en solio tal Granada se le humilla.
Mas vuelta hácia los nobles campeones

Así por siempre memorable suena
Su voz de encanto llena,
Al paso que, hermanada á la armonía
De tan suave acento,
De sus ojos la acción tierna y serena
Eran con su expresión dulce cadena
De la imaginación y el sentimiento,
Porque tan pronto en ellos relucía
La llama del honor brillante y pura,
Que á sus fieros alumnos Marte envía,
Como el rayo halagüeño de ternura
Que de su noble corazón partía.
Prorrumpe al fin, y la sublime historia
Recogió este concepto en tablas de oro,
Para encanto inmortal de la memoria:
«Desde que al descender del Pirineo,
En demanda del Rey que esposo adoro,
Admiré en el solar de las Españas
Felicidad y honor, fué mi deseo
Unir mi nombre y gloria á tus hazañas.
»Y en el día que á mi alma más recrea,
El más feliz para el amor materno,
Le inscribo en las banderas, donde sea
A vuestro corazón recuerdo eterno.
»De mi mano os las doy, porque guiando
Por la ardua senda en que el amor camina,
Hagáis lo que debéis por mi Fernando,
Sin olvidar el nombre de Cristina.»
Los caudillos que absortos la escucharon,
Se postran á sus piés, sin atreverse
A recibir un dón, que imaginaron
Sólo á precio de sangre merecerse;
Los pechos en silencio palpitaron,
Los labios no acertaron á moverse,
Y el sentir de sus fieles corazones
Lágrimas lo explicaron, no razones.
Luégo al compás de parches rumorosos,
Al clarín de la fama concertados,
Llevan marchando alegres y gloriosos
Tan sublime presente á sus soldados;
Y ellos desde las filas animosos
Ven en los tafetanes desplegados
Que en la lid á que Marte los destina
La señal de vencer es ya Cristina.

XV.

RASGO LÍRICO

en celebridad de la jura de la Infanta doña María Isabel Luisa como princesa heredera (20 de Junio de 1833).

Suelta, al rayar del Sol resplandeciente,
El colorín su vena armoniosa,
Y remeda el murmullo de una fuente,
O canta el nacimiento de una rosa;
Tierna y pura es su voz; mas ¡ay! quien siente
Ya pesar sobre sí la carga añosa,
¡Cómo ajusta la suya al digno tono
De la flor nueva que hoy adorna el trono!
Tuyo el canto será, Febo divino,
Pues sólo tú tan noble estilo usas,
Cuando en el alto monte Cabalino
Hablas al bello coro de tus musas;
Cuando aplicando el labio al cristalino
Licor de las corrientes Aretusas,
Enardeces la mente, y dices cosas
Gratas al cielo, al suelo provechosas.
Cántara yo el placer de un pueblo inmenso
Aplaudiendo en olímpica carrera
A un carro, que ofuscado en polvo denso,
Vuela á ganar la palma lisonjera;
Mas no la exaltación, el gozo intenso
Con que vota su fe la gente ibera
De su caro Fernando á la hija amada,
En el umbral del trono colocada.
Tan grandiosa ocasión mi mente abruma,
Vacilando en tropel de ideas solas
Que llegan y huyen, cual marina espuma
Desvanecida al peso de las olas.
¡Y será en tal afán que yo presuma
Que, cual clavel nacido entre amapolas,

Raro favor del dueño que me inspira
 Haga vibrar las cuerdas de mi lira?
 Si; que entre hierba, en el verdor de Mayo
 Yace, tal vez, un toscó cristalillo;
 Velo al pasar el inocente payo,
 Sin que le mueva su valor sencillo;
 Mas si acaso despues del sol el rayo
 Le llega á iluminar, le da tal brillo,
 Que, creyéndole ya diamante hermoso,
 Vuelve á cogerle el payo codicioso.
 Sólo así herido de vital centella
 Puede mi ingenio alzarse á empresa tanta,
 Cual saludar á la graciosa estrella
 Que sobre nuestro Oriente se levanta;
 Del sol hispano, y de su aurora bella
 Dulce reflejo, que la vista encanta;
 Y á quien hoy suben votos de mi musa,
 En el desórden que el contento excusa.
 ¡Ansia del porvenir! Signo evidente
 De la inmortalidad de nuestras almas,
 Que añades al placer del bien presente,
 Dulce atractivo de futuras palmas;
 ¡Cómo tu noble influjo un padre sientel
 ¡Cuánto sus tiernas inquietudes calmas,
 Pintándole la gloria y bienes fijos
 Que deben disfrutar tras él sus hijos!
 Esto de un padre Rey la mente inflama,
 Esto arrebatá á un pueblo enternecido;
 Cuando aquél lleva al trono, éste proclama
 La sucesion de un vástago florido;
 Y una Isabel será.... La etérea fama,
 Alborozada al nombre esclarecido,
 Dando aliento al clarin, dice á la historia:
 «Este es el tiempo de cantar la gloria.»
 Otra Isabel, engrandeciendo á España,
 Junto el Moncayo al suelo de Castilla;
 Y ardiendo en gloria de marcial campaña,
 Libró á su patria de la infiel cuchilla;
 La ciencia, que á otros Reyes fuera extraña,
 De apreciar el talento, en ella brilla;
 En Colon distinguió saber profundo,
 Le dió su espada, y conquistó otro mundo.
 Ufana de esta Pálas coronada
 Que le legó memoria tan gloriosa,
 España no recela, antes le agrada
 Ver la corona en sienes de una hermosa;
 La virtud y el error tienen entrada
 Donde se alberga un alma generosa;
 Todo sexo es capaz de altos renombres,
 Las grandes almas son los grandes hombres.
 Y una, que envuelta entre las hojas tiernas
 De su primera flor el cielo brinda,
 Del árbol de Borbon, que sus eternas
 Ramas al tronco de Pelayo alinda,
 ¡Cómo podrá dudar que sus internas
 Adoraciones la nacion le rinda,
 Hoy que en el trono angélica descuellá
 Sobre la falda de su madre bella!
 Que en tan precioso asilo es verla en manos
 De la beneficencia y la dulzura,
 En el seno de paz que vuelve hermanos
 A cuantos lidian en discordia dura;
 De donde huyen rencores inhumanos,
 Y la fidelidad duerme segura,
 Respirando el valor con que algun día
 Hará feliz la hispana monarquía.
 De reales hembras nuestro fuero ha hecho
 En ley de sucesion fijas estrellas,
 Tanto que en muchos Reyes el derecho
 Fué un regalo de amor por mano de ellas;
 Del vuelo de los siglos á despecho
 Vivas aún duran sus acciones bellas,
 Y el brillo oscurecer de su memoria,
 Es robar los diamantes á la historia.
 Con valor y virtud nuestros mayores
 Acataron á Urracas é Isabeles,
 Como vemos regir riendas de flores
 Los leones del carro de Cibéles;
 Y en su beldad templados los rigores
 Bravos los vimos ser, mas no crüeles;
 Que entónces arrostrar la lid más dura
 Era un feudo pagado á la hermosura,

Así evitaron tiempos de licencia,
 En que á tantos dictára la codicia
 Que en aras de la propia conveniencia
 Se inmolen el derecho y la justicia;
 Y así diademas dando á la inocencia,
 Y á Isabel siendo nuestra fe propicia,
 España acata á sus antiguas leyes
 Jurando reina á la hija de sus reyes.
 Babilonia brilló con monumentos
 Por Semiramis bella al cielo alzados,
 Estimulo á los choques más sangrientos
 Fué una Teresa de Austria á sus soldados;
 Largos frutos de industria y de talentos
 Catalina alcanzó climas helados,
 Semiramis, Teresa, Catalina,
 Sed fasto anuncio á la hija de Cristina.
 Que ésta desde ora ante sus ojos pinta
 Cuadro inmortal de generosos hechos,
 Que de la ingratitud la negra tinta,
 Nunca podrá borrar de nuestros pechos.
 Así, cual iris fué; su vária cinta
 Tiende sobre nublados y deshechos;
 Hoy la aclama su córte Carpentana
 Sensible, amable y bella soberana.
 Tal será el grito que en triunfal decoro,
 Entre ondeantes ricas colgaduras,
 Dará gozosa á ta carroza de oro
 Gente en el suelo y gente en las alturas;
 Del aire, en tanto, respondiendo en coro,
 Se oírán las arpas de las Gracias puras,
 Que son ornato á la Princesa bella,
 Y tambien juran el reinar con ella.
 Ya el templo en oro y púrpura vestido,
 Ya el ara al sacro rito preparada,
 Ya el congreso de Próceres unido,
 Ya abierto el libro de la ley sagrada;
 Todo atiende el momento apetecido
 En que el hispano pueblo sancionada
 Deje á Isabel su fe, cual digno ensayo
 Para elevarla al trono de Pelayo.
 Sube el áureo escalon, Princesa niña,
 Del puesto angusto á que derecho obtienes;
 Donde guirnaldas que el amor te ciña
 Preparan al laurel tus bellas sienes,
 Donde la que en su falda te encariña
 Te enseñe á convertir males en bienes;
 Siendo allí, de tus padres en presencia,
 Años de paz, tus años de inocencia.

CANTOS DIDÁCTICOS.

I.

Á LAS NOBLES ARTES.

INTRODUCCION.

El Rey es númen del talento hispano;
 Para vencer en generosas lides
 Alcanza el español fuerzas de Alcides,
 Si le brinda un laurel su angusta mano.
 Hoy es el triunfo de las artes bellas;
 Hoy el Monarca las levanta al cielo:
 ¿Podré seguir su generoso vuelo?
 ¿Dirá mi débil voz que parten ellas
 Con la virtud gloriosos atributos?
 ¿Que su guirnalda esmaltan de colores,
 Y que, si bellas obras son sus frutos,
 Tambien las bellas artes son sus flores?
 ¡Ah! canta tú sus pasos bienhechores,
 Musa de la verdad, y hazles justicia.
 Aquel que ve la luz en tan propicia
 Hora, que en los arrullos de la cuna
 Natura con sus dones le acaricia,
 Y con pródiga mano la fortuna;
 Que, tierna planta, erguirse asegurada
 De atrojos debe al paternal desvelo,
 En tanto que ella crece encadenada

A la influencia natural del cielo;
 Si sus inclinaciones con sosiego
 A los objetos van que las despiertan,
 Sin luchar con obstáculos que luégo
 En furiosas pasiones las conviertan;
 Su corazon, formado en el cariño
 De los que le cercaban cuando niño,
 No temerá que su placer le roben,
 Y amaré á sus iguales cuando jóven.
 Entónces, ¡cuán serena entre destellos
 De amor, de paz, de gozo y de abundancia,
 Que el crepúsculo ornaron de su infancia,
 Saldrá la aurora de sus dias bellos!
 Lucirá apénas la primer centella
 De su naciente ingenio, cuando amigas
 Vendrán las Musas derramando en ella
 Aromas que alcanzaron las fatigas
 De los que Apolo unió á sus estandartes,
 Ya en los sublimes ramos de las ciencias,
 Ya en los floridos campos de las artes.
 ¡Harto feliz! pues sólo las esencias
 Su razon gustará de las divinas
 Rosas, que entre malezas y entre espinas
 Lograron los gloriosos inventores.
 Tendrá principio en medio de estas flores
 Aquel secreto instinto, aquel interno
 Órgano de razon, gérmen eterno
 De toda rectitud, por quien el hombre
 Desengañado la primer guirnalda
 De la simple verdad ciñó en la frente;
 Y al estampar con labio reverente
 En la celestial orla de su falda
 De tan sublime adoracion el sello,
 Exclamó: «La verdad sola es lo bello.»
 Voz del buen gusto fué, voz que en el alma
 Del venturoso jóven que describo,
 Proclamará virtud; siendo en la calma
 De su inocente vida, al afictivo
 Cuadro de las miserias de los hombres,
 Bienhechor tan sensible, como esquivo
 Despreciador de los soberbios nombres
 Y falsos relumbrantes atavíos
 Con que del genio en la veloz carrera
 El mal gusto entre locos descarríos
 Disfraza la hermosa verdadera.
 Idólatra del órden, su desvelo,
 Por restaurar del mundo la armonía,
 Despertará la industria hasta en el hielo
 De la mendicidad, y aquellas yertas
 Manos, en vil pereza abandonadas,
 Sólo en demanda del sustento alzadas,
 Dóciles á su voz, de hoy más expertas,
 Haránse dueñas del pincel que anima,
 Del buril que conserva, y atrevido
 Cíncel que al cielo el gran padrón sublima,
 Do se estrellan las olas del olvido.
 Y su opulencia, al fin, como el granero
 En donde cada laboriosa hormiga
 El fruto viene á hallar de su fatiga,
 Todo lo inundará, raudal fecundo
 De alivio al pobre y de ornamento al mundo.
 Tanto el buen gusto, entre el placer nacido,
 De la delicadeza hijo querido,
 Indivisible á la virtud se enlaza;
 Y ¡oh virtud! si es tu basa la justicia,
 Y de ésta el órden sólo es la delicia,
 ¿Qué razon, qué alma bella en el buen gusto
 No adora el simulacro de lo justo?
 Pero mi canto suena, y tu sonrisa,
 Sabio Liceo, irónica me avisa
 Que no es en mis rimas lisonjeras
 Ningun sér del país de las quimeras;
 Sino que esa virtud consoladora,
 El amor á lo bello y á lo justo,
 Esa gracia que todo lo decora,
 Esa beneficencia, ese buen gusto,
 Vivo y presente lo mirais ahora
 En uno y otro soberano angusto,
 En Fernando, en Cristina, cuyas prendas....
 No las profanará la musa mia,
 Por perpetuarlas en eterno día;
 Que á los elogios su beldad se esquivá,

Como al tacto modesta sensitiva;
 Huye el pincel que cautivarla emprende,
 Y del pintor al corazon se prende (1).
 Pero es su real designio que hoy tan sólo
 A las hermanas tres, hijas de Apolo,
 Escultura, Pintura, Arquitectura,
 Se tributen obsequios y oblaciones.
 Por eso yo de sus alegres dones
 Tímido acento voy á dar á algunos
 En versos nuevos no, pero oportunos
 Preludios de mi vaga fantasia;
 Que el aura del favor, en este día
 Dispensado á las artes sin ejemplo,
 Trae á sonar en su dichoso templo.
 Y si para expresar cuadros felices
 Temeis me falten tintas ó matices....

RASGO DIDÁCTICO (2).

Tambien las Musas cuentan por pinceles
 El dulce metro y la sonora rima;
 Y es suyo retratar con rasgos fieles
 Cuanto en gloria y valor el mundo estima.
 Homero fué pintor al par de Apéles.
 Quien del estro feliz que á ambos anima
 No siente en sí la inspiracion secreta,
 Ni será artista, ni nació poeta (3).
 Pásmase el hombre al contemplar la altiva
 Cúpula del soberbio Vaticano;
 Mira asombrado que en el mármol viva
 La figura de un dios por grieda mano;
 Pásmase al ver que Vénus expresiva
 Salga de un lienzo que animó Ticiano,
 Sin distinguir la mente, mal segura,
 Si el hombre es criador ó criatura.
 Mas el supremo Autor, que el orbe mueve,
 Sus dones en el hombre así ha fijado,
 Que no alcanza á crear la flor más leve,
 Pero sí á retratar cuanto es creado.
 La luz ordena que á su mente lleve
 De cuanto tiene forma el fiel traslado;
 La imitacion que esta verdad exprime
 Es de las artes la intencion sublime.
 Así en terso cristal ó clara fuente
 Se pintan montes, árboles y prados,
 Distintos, desde un seno transparente,
 Confusos, de cristales empañados,
 Lo mismo el hombre en luces eminente
 Los objetos que ve deja expresados
 Con tal verdad, cual nunca se previno
 Al que no goza de su dón divino.
 ¡Oh fantasia! ¡oh genio imitativo,
 Distincion de la humana inteligencia,
 Cuánto al placer añades de atractivo,
 Cuánto á la vida agrado y conveniencia!
 Paras el curso al tiempo fugitivo,
 Y á lo que ya murió das existencia;
 Por tí cuanta virtud el orbe admira,
 En lienzo, en bronce, en mármoles respira.
 Que en vano escribe páginas la historia
 Que á referir sucesos sólo alcanza,
 Si de los héroes dignos de memoria
 No nos diera el pincel la semejanza.
 El los presenta respirando gloria,
 Y ejerciendo el rigor de espada ó lanza,
 En soberbios bridones cabalgados,
 Hollando muertos y arrollando osados.
 Veo á Pescara en el que rige fiero,

(1) Muchos de los anteriores versos se hallan ya en el poema *Emilia*. (Nota del Colector.)

(2) Fué hecho para la exposicion pública de la Real Academia de San Fernando, en 1826.

(3) Estos últimos versos son imitacion evidente de aquellos otros que en 1808 habia recitado don Juan Nicasio Gallego en la misma Academia de San Fernando:

Quien al público bien ó al patrio duelo,
 De gozo ó noble saña arrebatado,
 Su corazon de hielo
 Hervir no siente en conmocion secreta,
 Ni aspire á artista, ni nació poeta.

(Nota del Colector.)